



LA EDAD DE ORO

—Rincón de los niños.—

75.—Los gorriones

Bajo la nevada que caía lentamente, poniendo alfombras en las calles, gorras a las casas y monteras a las chimeneas, los gorrioncillos, nerviosos, inquietos, charlaban en la cornisa de la torre.

—Ved aquel álamo —decía uno de los animales—. Parece un árbol de Navidad: de cada hoja cuelga un juguete blanco...

—Tan espesa es la nieve —dijo otro— que ni los más pesados carros abren huella en el suelo.

—Ya es demasiado larga esta nevada—agregó un tercero—. Yo creí que hoy tendríamos sol.

—¡Mirad!—interrumpió un gorrioncillo pequeño que tenía las puntas de las alas pintadas de rojo—. Ved a ese chicuelo que ha caído en la nieve...

—Ya lo levanta un hombre —dijo otro gorrion, extendiendo el cuello para ver mejor hacia la calle—. ¡Con tal que no se haya hecho daño!...

—Todos resbalan en la esquina—exclamaron a una voz varios gorriones.

—Lo cierto es que sólo la necesidad obligará a las gentes a salir hoy de sus casas—dijo una gorriona esponjando las plumas—. ¡Hace tanto frío!...

—¡Y qué viento!—murmuró un gorrion de copete encarnado—. Parece que va a helarse la sangre en el cuerpo...

El viento, aullando fuertemente, barrió la nieve de las cornisas, y dijo, al pasar:

—¡No murmuréis de mí! Tengo derecho a vivir, como vosotros. Si no me queréis, bajad la cabeza mientras paso.

Los gorriones, tiritando, metieron la cabeza bajo el ala mientras pasaba el viento. Y la campana de la torre se estremeció y dijo:

—El mismo bronce de que estoy forjada, no es tan helado como este viento cruel...

—Ya va lejos—dijo el más valiente de los gorriones sacando la cabeza del ala—. Ved, ya está levantando la nieve de aquella galería.

—¡Gracias a Dios que ha pasado!—dijeron a un tiempo todos los gorriones, removiéndose en la cornisa.

Con sus patitas nerviosas agitaron la nieve endurecida, y ésta cayó en pesada lluvia sobre el campanero, que en ese momento se asomaba por el segundo cuerpo de la torre.

—¡Malignos gorriones!—gritó el hombre alzando la cabeza y amenazando con las manos a las ave-cillas—. No he de parar sino hasta que os ahuyente de estos sitios...

Los gorriones, asustados, volaron hacia el interior de la torre y se posaron sobre la campana.

—¡Quitáos de aquí, que me hacéis daño con vuestras uñas!—gritó la campana oscilando—. ¿Cuándo me dejaréis en paz?...

—Perdonadnos, señora campana—dijeron en coro todos los gorriones—; ya nos retiramos.

Y como el campanero había entrado de nuevo en

el interior de la torre, los pajarillos volvieron a posarse en la cornisa.

El viento, que había bajado a la plazoleta, subió vertiginosamente hacia la torre, arrastrando consigo algunas hojas arrancadas a los árboles.

—¡Otra vez!—dijeron agriamente los gorriones sintiendo llegar el viento—. ¡Qué mala fe!

—Pero ved que trae consigo algunas hojas—dijo un gorrion observador—; quizá en ellas vengan insectillos muertos que calmen nuestra hambre. Veamos...

—Es verdad—dijeron todos, lanzándose hacia las hojas que el viento había depositado en la cornisa—. Busquemos, busquemos...

Picotearon bruscamente sobre ellas; pero las hojas, yertas, tostadas, ennegrecidas por el hielo, no llevaban consigo sino las pequeñas cristalizaciones de la nieve.

—¡Nada traen!—exclamaron con desencanto los gorriones después de observarlas. Y, despectivamente, las empujaron con el pico hacia la calle.

Las hojas negras, tristes, descendieron revolando lentamente hacia la plazoleta, como cadáveres de pajarillos muertos.

—No hay que impacientarse—dijeron los gorriones—; pronto serán las tres, y entonces nos darán nuestro alimento...

—¡Ja, ja!—exclamó el campanero desde el segundo cuerpo de la torre, al oír hablar así a los gorriones—. ¿Quién será capaz de acordarse de vosotros en un día como éste, bueno solamente para pensar en arrojarse con las mantas?... ¡Largáos de aquí, que ya me tenéis fastidiado con vuestra charla frívola!...

Tan, tan, tan...

Era el reloj, que daba las tres.

Los gorriones batieron las alas con alegría, dirigiendo a la vez sus ávidos ojos hacia una ventana velada por persianas verdes.

Después de un momento de expectativa, la ventana se abrió. Un caballero alto y delgado asomó por ella y arrojó hacia la calle una lluvia de migajillas de pan que se esparcían sobre la nieve.

—Ya está allí nuestro protector—dijeron los gorriones, descendiendo de la cornisa y volando hacia aquella ventana.

El campanero, que había subido a lo alto de la torre para dar las tres, vió la escena de aquel caballero delgado y alto, que regalaba con migajas a los gorriones.

—¿Quién será?—se dijo asombrado—. Quizá es un loco... Porque sólo un demente puede acordarse, en semejante día, que existen los gorriones...

Y la campana dijo al campanero:

—Yo también le miro con asombro, y no sé qué pensar de ese caballero. He observado que mientras otros desdeñan alzar hasta aquí los ojos, él mira esta vieja torre con mucho interés...

—Y yo—dijo el viento, pasando—le he sorpren-